

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Los jóvenes como actores peligrosos. Argentina 1958-1983.

Castagnola y Horacio.

Cita:

Castagnola y Horacio (2013). *Los jóvenes como actores peligrosos. Argentina 1958-1983. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/799>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 92

Título de la Mesa Temática: Estado, política y sociedad en una Argentina en crisis (1955-1983).

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Schneider, Alejandro; Mazzei, Daniel.

TÍTULO DE LA PONENCIA

Conducir desde el exilio: Perón, el peronismo y la política argentina entre 1955 y 1966.

Castagnola, Gustavo

Universidad Nacional de Tres de Febrero

e-mail: gecast@hotmail.com

Conducir desde el exilio: Perón, el peronismo y la política argentina entre 1955 y 1966.

Gustavo Castagnola (Untref)

Dos circunstancias fueron usualmente reconocidas tras la prolongada vitalidad del liderazgo de Juan Domingo Perón sobre el peronismo. Por un lado, el notable talento político del caudillo argentino. Por otro lado, el modo en el que el primer y principal líder histórico del peronismo corporizó las aspiraciones y demandas de sus seguidores. De este modo, el liderazgo de Perón sobre el movimiento que llevó su nombre fue frecuentemente atribuido no meramente a la habilidad del líder para ejercer lo que él mismo llamó “el arte de la conducción política” sino también al fuerte vínculo que el pueblo peronista estableció entre la suerte de sus propias expectativas y el destino político de su caudillo.

En este trabajo señalaremos que estas dos importantes fuentes del liderazgo político de Perón dentro del peronismo, su arte de conducir y la lealtad tributada por sus seguidores, colisionaron durante los primeros años de su exilio dañando la performatividad política de la palabra del caudillo. En particular, argumentaremos que las amenazas a la autoridad de Perón que emergieron entre 1955 y 1966 dentro del movimiento peronista estuvieron asociadas al modo en el que estos dos elementos tan cruciales para sostener el liderazgo del caudillo exiliado se volverían en su contra. Por un lado, un estilo de conducción que alimentó una ausencia enunciativa que sería reforzada por el modo en el que la palabra del líder llegó a su audiencia en la Argentina durante los años del exilio. Por otro lado, un grupo de creencias que estaban colocadas en el corazón mismo del imaginario peronista y que fueron de capital importancia en los avatares que asumiría la lealtad al líder experimentada por sus seguidores en estos años. En este sentido, sostendremos que, aún cuando ciertamente reprodujo el liderazgo de Perón sobre sus seguidores (y, muy particularmente, sobre la clase trabajadora) hasta 1955, a partir de 1955 (pero especialmente desde 1958) este grupo de creencias jugó un rol muy diferente: al constituirse en un modo de transformar una ausencia deliberadamente estimulada por el propio Perón en una vívida representación de lo que sus seguidores figuraban eran los propósitos políticos de su líder, este imaginario diseñó lecturas acerca de lo que cabía ser considerado lealtad al caudillo exiliado que colisionaron con los intereses políticos personales del viejo líder y que aún ofrecieron margen de maniobra político a aquellos dirigentes interesados en reemplazarlo.

El “Padre Eterno”: desventajas y ventajas de la censura en los años iniciales del exilio.

Para entender cómo fue posible que el estilo de conducción de Perón colisionara con la lealtad que el pueblo peronista le dispensaba, comenzaremos explorando la forma en la cual la palabra del caudillo llegó a su audiencia argentina durante el exilio. En estos años, la difusión pública de la palabra de Perón estaba sujeta a condiciones muy particulares. Dos hechos convergentes creaban esta circunstancia. Por un lado, en este tiempo de proscripción, Perón estuvo siempre constreñido a no formular abiertamente declaraciones políticas. Este requerimiento, impuesto por las autoridades de todos los países en los cuales Perón estuvo exiliado, buscaba evitar fricciones diplomáticas entre las autoridades argentinas y aquellos gobiernos que ofrecían asilo político a un hombre que tenía pendientes en su patria una serie de cargos criminales levantados inmediatamente después de su caída. Sin embargo, y por otro lado, Perón tenía que enfrentar otra importante restricción impuesta sobre la difusión pública de su palabra. Esta limitación habría de ser establecida en la Argentina y sería instituida casi inmediatamente después de la caída del régimen peronista. El 5 de marzo de 1956, la “Revolución Libertadora”, emitió el decreto número 4161. Este decreto estableció, entre otras cosas, la ilegalidad de la exposición pública de fotografías, pinturas o esculturas del presidente depuesto o de su segunda esposa, Eva Perón; pronunciar sus nombres; emplear las palabras “Peronismo”, “Peronista”, “Justicialismo”, “Tercera Posición”, la abreviatura “PP” (por Partido Peronista) o citar o mencionar en todo o en parte cualquier discurso político pronunciado por Perón y Eva Perón. Diarios y otras publicaciones aún podrían escribir acerca de Perón, pero en vez de usar su nombre habrían de referirse a él empleando expresiones tales como “tirano prófugo” o “dictador depuesto”.

Sin embargo, y a pesar de la doble censura impuesta por los gobiernos de los países donde permaneció y de la inaugurada en la Argentina por la “Revolución Libertadora”, Perón se las arregló para sortear las barreras impuestas a la circulación pública de su palabra. Casi inmediatamente después de su partida forzosa, el conductor comenzó a enviar sus así llamadas “órdenes” o “instrucciones”. Transmitidas oralmente o por medio de cartas, publicaciones, films o mensajes grabados, estas directivas comenzaron bien pronto a circular de modo clandestino¹. Siguiendo el importante trabajo de Silvia Sigal y Eliseo Verón sobre el discurso peronista (Sigal y Verón 1985), llamaré *circulación restringida* al particular tipo de condiciones de transmisión que el discurso de Perón experimentó durante el período del exilio. Tal y como Sigal y Verón lo han subrayado, bajo estas condiciones de

¹Ciertamente, todos los diferentes medios que Perón empleó para transmitir su discurso político tenían importantes rasgos en común. Sin embargo, como indicaremos *ut infra*, es muy importante establecer una distinción entre los diversos canales utilizados por Perón para promover la circulación de su palabra política, y un procedimiento por él empleado con este mismo propósito: el del así llamado representante o delegado personal.

circulación, el problema de la *atribución* del discurso del líder exiliado adquirió una importancia central. Y resolver la cuestión de la atribución en el discurso del viejo caudillo involucraría dos operaciones de lectura; por un lado, en relación a lo que llamaremos su *atribución material* o la *autenticidad* concedida a un acto de enunciación supuestamente efectuado por el líder; pero además, se debía intentar resolver el problema de la atribución en el discurso de Perón poniendo bajo consideración lo que llamaremos su *atribución política* o la posibilidad de sostener de modo *verosímil, en términos políticos*, que un contenido de enunciación particular había sido efectivamente pronunciado por el conductor del movimiento.

Desde el comienzo mismo del exilio, la censura impuesta a su palabra tuvo para Perón un efecto político ambiguo. Para aquellos líderes peronistas que muy tempranamente intentarían heredar el legado político del ahora ex presidente y posesionarse de la jefatura del movimiento, las dificultades de atribución creadas por la censura que pesaba sobre la palabra de caudillo representaban ciertamente una ventaja. Con un Perón enunciador ausente, estos dirigentes estaban en condiciones no solo de neutralizar los esfuerzos del líder por imprimir su propia orientación al movimiento, sino también de mostrar que el mismo líder bendecía sus esfuerzos. Y era precisamente el despliegue de la autenticidad material a través de la exhibición de trazos o huellas de la materialidad de Perón como productor discursivo la estrategia favorita empleada por estos líderes para indicar que sus propósitos eran avalados y hasta promovidos desde el exilio².

Ciertamente, Perón tuvo buen cuidado de apoyar claramente las orientaciones políticas que bloquearan aquellos intentos. Y usualmente un procedimiento a través del cual el conductor buscaba aparecer claramente identificado con una posición política era exhibiendo la autenticidad material de su palabra. De tal modo, entre 1955 y 1957, Perón procuró dismantelar los esfuerzos “neo-peronistas” utilizando la misma estratagema empleada por estos líderes, a saber: acompañar sus órdenes de confrontar a la “Revolución Libertadora” por medio de la “intransigencia absoluta” y la “resistencia civil” con la exhibición de huellas materiales que probaran que dichas directivas eran, *auténticamente*, suyas. Así, el líder exiliado insistía en que algunas de sus directivas debían ser transmitidas exactamente en la forma en la que habían sido originalmente escritas por él y, de ser posible, fotocopiadas. El énfasis de Perón revelaba hasta qué punto el viejo caudillo era

²Una carta enviada a Perón hacia mediados de 1957, nos proporciona una clara síntesis de esta situación: “Desde los primeros días de Octubre de 1955 se vienen consumando inicuas maniobras. [...] [Varios líderes Peronistas] “fabricaron” una carta suya, recordando las letras de documentos auténticos y fotocopiándolas. Luego, las directivas verdaderas [para el Movimiento Peronista] fueron calificadas de apócrifas, cosa que han repetido en el caso de las ‘Instrucciones Generales para los Dirigentes’[...].” Cooke a Perón, Santiago, 11 de mayo de 1957 en J. Perón-J. Cooke (Perón-Cooke 1973, I: 109).

conciente no sólo del hecho de que la performatividad de su discurso descansaba sobre la exhibición de la autenticidad de su palabra sino también de que el despliegue de esta autenticidad involucraba mostrar una huella o marca de su propia materialidad como enunciador.

De manera que, a pesar de las prohibiciones levantadas sobre su palabra y de las oportunidades que estas prohibiciones abrían a sus potenciales competidores dentro del movimiento, Perón sería capaz no solo de difundir “órdenes” sino también de mostrar eventualmente que ellas eran auténticamente suyas.

Sin embargo, el líder también sacaría importantes ventajas de las condiciones de circulación restringida a las que la censura sometía su palabra. La habilidad del líder para aprovechar estas restricciones estaba enraizada en su concepción de la conducción política. Como lo indicaría en muchas oportunidades, Perón consideraba que la política era una actividad atravesada por una contingencia ingobernable. Así las cosas, para él todo liderazgo político exitoso requería un pragmatismo extremo para enfrentar las siempre cambiantes alternativas de la política; o, para usar sus propias palabras, un líder político tenía que “gobernar el desorden” para triunfar. Sin embargo, como hombre interesado en mantener el completo monopolio de las decisiones importantes dentro de su movimiento y, consecuentemente, estando críticamente expuesto a cargar con la responsabilidad de errores políticos, Perón comprendía que podía conservar su liderazgo no estando nunca identificado con una orientación política clara; ocultando sus intenciones bajo la cortina provista por su apoyo simultáneo a muchas corrientes políticas, el líder procuraba no sólo ampliar su margen de maniobra (indispensable para acompañar los cambios que él consideraba inherentes a la política), sino también la posibilidad de evitar los costos ligados a una equivocación. En consecuencia, y particularmente en los años que nos ocupan, Perón intentó mantener y aún promover su autonomía tanto como escapar a cualquier daño a su reputación resultante de algún error político, apoyando diversas orientaciones al mismo tiempo.

Esto explica uno de los rasgos más salientes del estilo discursivo del viejo caudillo en estos años: la ambigüedad y la multiplicidad de sentidos que podían usualmente ser adscriptos a su palabra. Como él mismo lo indicara muchas veces, su rol como líder político podía ser descripto como el de un “Papa” o un “Padre Eterno” que dispensaba sus “bendiciones” a todos sin comprometerse con una única posición particular. Y, como él mismo también lo subrayara, el propósito de esa estrategia discursiva en la cual él jugaba el papel de “Papa” no era sino un esfuerzo por ocultarse:

“Tengo que actuar un poco como el Padre Eterno, bendiciendo “urbi et orbi”, pero dejando que la Providencia haga su trabajo, sin aparecer mucho. Creo que la fuerza del Padre Eterno reside en que no aparece mucho. Si viéramos a Dios todos los días, terminaríamos perdiéndole el respeto y más aún, no estaríamos lejos de que apareciera algún loco que quisiera reemplazarlo”³.

Sin embargo, y durante 1956, el conductor no renunciaría a promover la coexistencia de diferentes lecturas en torno a su palabra por otra razón. Pero esta circunstancia no estaba meramente enraizada en la compatibilidad que hemos indicado existía entre las condiciones de circulación restringida y el muy personal estilo de conducción del líder. Además, había razones de naturaleza coyuntural: las condiciones históricas particulares que envolvían la situación política del movimiento peronista en aquellos días también hacían no simplemente posible sino también necesario que Perón se desdibujase políticamente aprovechando la censura impuesta sobre su discurso. Estando el Partido Peronista disuelto y la CGT intervenida por el gobierno militar, el viejo caudillo no estaba en posición de adoptar una clara orientación política. Así, con la sola excepción de tratar de obstaculizar los tempranos intentos de construir un movimiento “neo peronista”, los primeros esfuerzos de Perón estuvieron principalmente concentrados en inventariar los remanentes de su movimiento después de septiembre de 1955, ponderar su fuerza política relativa y estimar su capacidad para ser empleados como plataformas confiables para reconstruir su autoridad política personal. Para cumplir tales objetivos, el “ocultamiento” de Perón era en extremo conveniente: no sólo prevenía el dar un claro apoyo a aquellos líderes y grupos cuya lealtad no estaba apropiadamente chequeada; también impedía proporcionar un claro respaldo a líderes y grupos cuya sincera lealtad no era por cierto suficiente para hacerlos inmunes a cometer serios errores políticos y, consecuentemente, dañar la reputación del viejo líder⁴.

En suma, y a despecho de las dificultades políticas que le crearía, la censura impuesta a partir de 1956 sobre su palabra distaba de ser una circunstancia de la que el caudillo en el exilio no pudiera ni supiera sacar provecho. A la vez político pragmático y personalista, Perón era muy renuente a dotar a su palabra de una significación unívoca; en este sentido, los problemas de atribución creados por las condiciones de circulación restringida

³Esta declaración de Perón está citada en D. James (James 1990: 246).

⁴En una carta a John William Cooke, Perón mismo señaló esta circunstancia en estos términos: “Yo siempre sigo la norma de atender a todos porque, no olvide, que ahora soy algo así como el Papa [...]. Dentro de ese concepto, no puedo negar nada dentro de mi infalibilidad que, como todas las infalibilidades, está basada precisamente en no decir ni hacer nada, única forma de poder asegurar tal infalibilidad.” Perón a Cooke, Caracas 22 de noviembre de 1957 en J. Perón – J. Cooke (Perón – Cooke 1973, II: 39).

contribuían a alimentar un rasgo central de su estilo de liderazgo: reproducían una falta de literalidad en su palabra que era bien compatible con su propósito de “no aparecer mucho”.

En consecuencia, el viejo caudillo estimuló permanentemente la coexistencia simultánea de diversas interpretaciones de su discurso. Durante los primeros años del exilio, los más notables ejemplos de este hecho fueron su respaldo simultáneo a diferentes alternativas de voto frente a las elecciones nacionales de 1957 y, sobre todo, su orden de votar por Arturo Frondizi en febrero de 1958. Como su correspondencia con John William Cooke claramente muestra, casi un mes antes de que las elecciones nacionales de 1957 tuvieran lugar, Perón estaba respaldando simultáneamente cuatro alternativas diferentes de voto. Lo que estos múltiples apoyos mostraban era cuán conciente era el líder exiliado de que el panorama político del movimiento peronista hacia mediados de 1957 era todavía lo suficientemente confuso y complejo como para que fuera posible impulsarlo en una dirección política inequívoca. Sin embargo, especialmente cuando hubo de enfrentar la extrema complejidad de las condiciones políticas que rodearon la elección presidencial de 1958, Perón mostraría su afición por desempeñar su liderazgo vaciando de contenido literal a su palabra o, para expresarlo en sus propios términos, asumiendo el rol de un “Papa”.

Adiós a la autenticidad: Perón frente a la amenaza de la candidatura Frondizi (1957-1958)

Hacia fines de 1957, Perón estaba firmemente convencido de que Arturo Frondizi, jefe y candidato presidencial de la UCRI en las elecciones que se celebrarían en febrero de 1958, debía ser tomado en serio. Frondizi era un hombre con ideas que parecían ser herramientas eficaces para rediseñar la Argentina sobre nuevas y potencialmente existosas bases políticas. Sin embargo, la amenaza inmediata representada por el líder radical intransigente era la capacidad que su partido había mostrado en las elecciones celebradas en julio de 1957 para atraer votos que anteriormente habían sido captados por el peronismo; una capacidad que las circunstancias que rodeaban a los inminentes comicios presidenciales de febrero de 1958 podrían reforzar. El triunfo de Frondizi sin la participación de Perón podía representar el quiebre de una percepción forjada durante las presidencias de éste y que presentaba al ahora caudillo exiliado como el único factótum de victorias electorales en la política argentina. De este modo, cuando en la segunda mitad de 1957 comienza a explorar seriamente la posibilidad de respaldar la candidatura de Frondizi, Perón ha tomado nota de que con ese apoyo podía no sólo anticiparse al comportamiento de muchos de sus antiguos electores, y mostrar entonces que era imposible alcanzar ninguna solución en las urnas prescindiendo de sus “órdenes”, sino también condicionar al gobierno de Frondizi en el futuro. Sin embargo, aquella coyuntura exigía que el conductor adoptase un claro

posicionamiento; una orden de votar por Frondizi tenía que ser clara no sólo para demostrar que el candidato de la UCRI podía ganar una elección *gracias a Perón*, sino (lo que era previo) para que la directiva como tal fuera seguida⁵.

El problema era, sin embargo, complicado. En efecto, Perón ciertamente sabía que Frondizi distaba mucho de ser popular entre la mayoría del pueblo peronista. Aunque ya preferido en 1957 y seguramente con buenas posibilidades de ser consagrado en 1958 por electores que antes habían votado al peronismo y al margen de cuál sería finalmente la conducta electoral de los votantes peronistas en febrero de 1958, era incuestionable que la mayoría de ellos no sentían confianza por el jefe de la UCRI⁶.

Es claro el dilema que Perón tenía que enfrentar. Un hombre que consideraba que un liderazgo político exitoso requería jugar el papel de un “Papa”, un “Padre Eterno”; que fundaba su “infalibilidad” alimentando la imposibilidad de atribuir a su palabra un significado preciso, tenía que dar una orden clara en el sentido de votar a un candidato profundamente recelado por la mayoría de sus seguidores.

Como se sabe, en febrero de 1958 Perón dio la orden de votar por Frondizi. Sin embargo, aplicando su bien característico estilo, presentó este voto como un *movimiento táctico*, que no implicaba desviación alguna de la *línea estratégica* a ser seguida por el movimiento peronista. La coexistencia en su palabra de estas dos dimensiones, estratégica y táctica, fue ciertamente útil para Perón en aquella coyuntura. Esta coexistencia le ayudó a desplegar una *doble atribución política*. Con ella, Perón podía escapar al dilema que le planteaba sostener la candidatura Frondizi; en efecto, y en la medida en que el apoyo al líder de la UCRI era meramente *táctico* era posible, *a un tiempo*, establecer tal apoyo y retacearlo.

⁵Como John William Cooke claramente lo sintetizara en agosto de 1957: “[...] Los juicios morales no obstan al hecho de que hay ciudadanos peronistas que votaron por los radicales ni a la posibilidad de que lo hagan en mayor proporción en un comicio futuro. Pensemos que con unos votos más el frondicismo hubiera ganado la elección [de Julio de 1957], que con muchos votos más puede imponerse en febrero [de 1958]. [Enfrentados a una hipotética victoria de Frondizi] [...] nuestra posición [política] quedará inmensamente debilitada [...]. Si inclinásemos nuestras fuerzas hacia determinados candidatos ellos deberán ganar sin lugar a dudas. Si resolvemos abstenernos o votar en blanco, sería fatal que la consigna no se cumpliera [...]”.Cooke a Perón, Santiago 18 de agosto de 1957 en J. Perón – J. Cooke (Perón-Cooke 1973, I: 269). El subrayado es del original.

⁶En julio de 1957, al describir las negociaciones que algunos líderes “neo-peronistas” empezaban a entablar por su cuenta con la UCRI, Cooke le ilustraba a Perón la vitalidad de la hostilidad que muchos peronistas sentían hacia Frondizi refiriéndole el siguiente episodio: “[...]Un radical intransigente de Jujuy llega a verlo a Frondizi y éste le pregunta: “¿Cómo van nuestras cosas por allá?”. El jujeño responde: “Muy mal”. “¿Cómo? –dice Frondizi- no habló con usted el ex gobernador [peronista] [de la provincia] Tanco, que se ha dado vuelta para nosotros? A lo que contesta el de Jujuy: “Sí. [Tanco] Me dio una presentación [escrita por él] para los coyas de la Puna y de la Quebrada que decía “Hay que votar a Frondizi”. La leí a los coyas y éstos, al punto se largaron a llorar a lágrima viva diciendo: “Pobre Tanco, ¡como lo habrán torturado![...]”. Cooke a Perón, Santiago, 16 de julio de 1957 en . Perón – J. Cooke (Perón-Cooke 1973, I: 227).

Pero, y al margen de las circunstancias particulares que lo acompañaron, el sostenimiento de la candidatura Frondizi por Perón en febrero de 1958, ilustra con claridad hasta qué punto el líder exiliado entendía que su liderazgo requería mantener la imposibilidad de identificar su posición con una única orientación política. Poseyendo una doble dimensión, estratégica y táctica, *ex definitione* la palabra de Perón no podía ser reducida a un solo, unívoco, sentido *político*.

Sin embargo, aún cuando su orden de votar por Frondizi fue masivamente acatada, Perón encontraría que su astuta solución el problema planteado por la candidatura del líder intransigente habría de ser el punto de partida de nuevos y más dificultosos avatares. La elección presidencial de 1958 comenzaría a forjar escenarios políticos para Perón tanto o más complejos que aquella; y algunos de sus contornos comenzaron a hacerse visibles ya en febrero de 1958. Es que para muchos de sus seguidores la ausencia y lejanía del jefe del movimiento del escenario argentino lo habían conducido a la insensata orden de votar a un candidato, como Frondizi, que no había negado nunca su condición de rival del viejo caudillo. Los aproximadamente 800.000 votos en blanco emitidos el 23 de Febrero de 1958 indicaron el descreimiento de muchos peronistas en la *atribución política* de la orden del líder exiliado. Elsa Galeano, hija de un trabajador peronista, recordaba que cuando, a comienzos de 1958, se le dijo a su padre que Perón había ordenado votar por Frondizi y aún cuando muchos de sus “compañeros” le aseguraban que habían visto un film donde el viejo líder aparecía apoyando al candidato de la UCRI, él rechazó seguir la instrucción del líder; de acuerdo a sus recuerdos:

“Para mi padre era imposible creer que Perón había ordenado apoyar a Frondizi en las elecciones [Presidenciales de 1958]. Él insistía que Frondizi había sido y todavía era enemigo de Perón y del pueblo peronista. Cuando algunos de sus compañeros le dijeron que habían visto un film donde Perón ordenaba votar por Frondizi, él les respondió que lo que habían visto era un film fraudulento. Que alguien había tomado un film donde Perón aparecía y había reemplazado el sonido original por otro donde alguien, imitando la voz de Perón, ordenaba votar por Frondizi”⁷.

Este testimonio condensa tres aspectos del modo en el que la palabra de Perón podía y, de hecho, fue muchas veces leída en recepción en febrero de 1958. En primer lugar, muestra que, en ausencia de Perón, la atribución política, la verosimilitud que se le otorgara al discurso del líder exiliado, era testada empleando recursos crucialmente forjados por el conjunto de creencias del “pueblo peronista”. Eran estas creencias las que permitían a un trabajador como el señor Galeano representarse los propósitos de Perón y el peronismo

⁷Comunicación personal de Elsa Galeano al autor (Buenos Aires, otoño de 1999).

como políticamente incompatibles con el apoyo de la candidatura de Frondizi. En segundo lugar, este testimonio también muestra que la verosimilitud política de la palabra de Perón podía ser independiente del despliegue de su autenticidad material. Puesto que, aún cuando había sido posible *ver a Perón en el acto de apoyar a Frondizi*, gente como el señor Galeano estaba en posición de sostener que *no era Perón quien estaba hablando*. En tercer lugar, este testimonio nos ilustra hasta qué punto fue la misma estrategia de Perón la que alimentó esta clase de interpretación: puesto que fue también la sorprendente decisión del líder lo que contribuyó a disparar esta *lectura en la que es el receptor no sólo el que interpreta lo que el enunciador afirma, sino también quien decide si el enunciador mismo es el que habla*.

En suma, la ambigüedad discursiva de Perón durante los primeros años de su exilio junto a su decisión de respaldar la candidatura Frondizi desplegando una doble atribución política provocó no solamente el desprendimiento de la atribución política *vis a vis* la material sino que también alimentó la autonomía e importancia de la atribución política por sobre la material. Y estos hechos –resultantes ambos del estilo de liderazgo del mismo Perón– habrían de tener una consecuencia crucial: promoverían la aparición de lecturas políticas de la palabra del caudillo con la capacidad potencial de dañar la performatividad del discurso del propio líder. Para proporcionar una adecuada explicación de esta circunstancia, es necesario que nos detengamos a examinar brevemente algunas de las principales bases sobre las que se asentaba la autoridad política de Perón y el modo en el cual, durante el exilio, estas bases alimentaron en recepción lecturas activas del discurso del jefe del movimiento.

Recuperando a Perón o cómo ser leal desobedeciendo las órdenes de Perón.

Como se sabe, la figura de Perón desempeñaba un papel central en la identidad política de los trabajadores peronistas; no sólo los beneficios que habían recibido sino también el fuerte sentimiento de dignidad y autoconfianza que estos sectores habían adquirido durante el régimen peronista estaban sobredeterminados con la *persona* de Perón. En consecuencia, después de su caída en septiembre de 1955, ser leal a Perón significaba no sólo apoyar su retorno sino también (y especialmente) sostener el deseo de los trabajadores de recuperar tanto su lugar político como su orgullo y autoestima dentro de la sociedad argentina. Esta circunstancia le fue claramente señalada a Daniel James por un trabajador que explicó el sentido que durante el período del exilio tenía el retorno de Perón diciendo que:

“Para nosotros la vuelta de Perón era la vuelta de la decencia y la dignidad para los que trabajábamos, sacarnos la pata del patrón de encima, era la vuelta de la felicidad, era el final de tanta tristeza y tanta amargura que había en los millones de hombres del pueblo, era el fin de la persecución.” (James 1990: 128)

Este testimonio nos muestra la fuerte sobredeterminación que existía entre la figura de Perón y las aspiraciones sociales y políticas de “los que trabajaban”. Durante los años del exilio, este conjunto de creencias que establecía una estrecha ligazón entre las experiencias sociales y políticas de los trabajadores y el destino político personal de Perón, que estaba en el corazón mismo de la identidad política peronista, tendría una importancia capital aunque ambigua.

En efecto, y por un lado, era la vigencia de estas creencias lo que alimentaría la vitalidad política de Perón en estos años. Ya se ha visto cómo tanto los esfuerzos de los “neo-peronistas” cuanto los afanes de Perón por bloquear sus iniciativas giraban en torno a la capacidad de aquellos y de éste por mostrarse como los portadores de la *auténtica palabra del hombre cuyo retorno del exilio significaba la vuelta de la decencia y la dignidad*. Pero, por otro lado, formando parte de estas mismas creencias había una representación *de lo que se concebía era la voluntad política personal de Perón*. Y aquí la figura de Perón, no siempre se identificaba con el individuo que se hallaba en el exilio. Creación, a un tiempo, de sus adversarios políticos, del mismo caudillo y, sobre todo, de sus fieles seguidores, este Perón *cuero político* era, estrictamente hablando, una operación imaginaria: una empresa por la cual, venciendo la proscripción, la censura, el exilio, y la invisibilidad estimulada por el propio Perón, el peronismo buscaba recuperar la figura del líder. A este nivel imaginario, la doctrina, el pasado y el presente del peronismo forjaban una *persona artificial* que, en tanto tal, no siempre coincidiría con la *persona natural* de Perón.

Desde los comienzos del exilio –pero particularmente a partir de 1958- dos importantes componentes de esta representación del líder como *persona artificial* revelarán poseer un alto potencial para dar sustento a futuros desafíos a la autoridad del propio Perón. Por un lado, la fuerte compatibilidad que, de acuerdo a esta representación, existía entre la significación que los trabajadores peronistas daban de las experiencias que vivían y la lectura personal que el propio Perón hacía de aquellas mismas experiencias. Por otro lado, el grado en el cual esta firme identificación entre los deseos y las demandas de los trabajadores y aquellos sustentados por su líder se concebían como expresados principalmente en la importancia que ambos asignaban a la defensa de las instituciones sociales de la clase obrera: los sindicatos. En suma, en tanto que *cuero político*, Perón no era tan sólo representado como un trabajador más, sino también, y particularmente, como

aquel “compañero” que, al mostrar la importancia que la organización gremial tenía para la vida de los trabajadores, había estado siempre especialmente interesado en mantener la fortaleza de sus instituciones sociales. Era precisamente esta representación la que estaba en el centro de la percepción que establecía un estrecho vínculo entre las demandas de la clase obrera y su lealtad política a Perón.

Pero esta representación no funcionaba meramente como un retrato del caudillo; ella era además una forma de comprender su palabra. Hemos indicado que, a partir de comienzos del exilio, la censurada palabra de Perón estaba envuelta en un proceso de desciframiento a través del cual era testada su atribución material y política. Hemos puntualizado, asimismo, que como consecuencia de circunstancias que tuvieron lugar en 1956 y – particularmente- en 1957 –circunstancias entre las que hemos inventariado la particular estrategia discursiva de Perón-, la atribución política de la palabra de Perón adquiriría una autonomía y una importancia superiores a la atribución material. Y hacia febrero de 1958, la verosimilitud que se le otorgase a cualquier enunciado atribuido al líder era examinada en términos de su compatibilidad con ese conjunto de creencias (hechas de doctrina, memoria y las duras incidencias de la proscripción) que se enlazaban en el cuerpo político de Perón. De tal modo, para el tiempo en el que las elecciones nacionales de 1958 tuvieron lugar, la verosimilitud *política* del discurso de Perón era examinada en términos de su correspondencia con esta representación de lo que se concebía eran los objetivos políticos personales del conductor; el aceptar o rechazar la atribución política de cualquier enunciado adjudicado al líder estuvo siempre sustentado en la compatibilidad o incompatibilidad que la palabra atribuída al jefe del movimiento tuviera con esta representación ficcional de los objetivos del conductor. En otras palabras, Perón era interpretado con arreglo al modo en el que era imaginado.

Pero si el conjunto de creencias que tenía por núcleo el cuerpo político de Perón era una forma de recuperar al líder, una operación a través de la cual –venciendo el tiempo, la distancia y la censura- éste adquiriría una suerte de presencia en las vidas del pueblo peronista, esta empresa de recuperación del líder no siempre significó realimentar su autoridad. Como hemos visto, en la coyuntura de fines de 1957 y principios de 1958, recuperar a Perón también significó desobedecerlo. Como Sebastián Borro ha recordado, si muchos trabajadores peronistas no podían imaginar a Perón en el acto de dar la orden de votar por Arturo Frondizi, esto era porque muchos de estos trabajadores recordaban la relación antagónica entre Perón y Frondizi; sin embargo, traída del pasado al presente, la vitalidad de estos recuerdos significaba que, para ellos, *si Perón hubiera estado en la Argentina no habría dado semejante orden.*

Así, aunque alimentando el fuerte lazo de identificación de los trabajadores con Perón, esta representación en la que el líder era presentado como un hombre que sentía y quería lo mismo que los trabajadores querían y sentían, distaba mucho de promover una actitud meramente pasiva por parte de sus seguidores. Por el contrario, desde los primeros días del exilio y particularmente desde 1958, la lealtad a Perón y la defensa política de los intereses sociales de la clase obrera que el cuerpo artificial de Perón anudaba, alimentaría una lectura activa de la palabra del conductor. Y esta lectura, allanaría el camino a la emergencia de nuevos dirigentes capaces de desafiar el liderazgo de Perón sobre el movimiento peronista.

Conducción vs. lealtad o la emergencia del proyecto de Vandor (1958-1962)

Serán los dirigentes sindicales peronistas los que gozarán de la mejor posición para promover esta clase de cuestionamiento al liderazgo de Perón. Trabajadores como la mayoría de sus “compañeros”, muchos de estos dirigentes habían adquirido notoriedad en la resistencia peronista luchando contra la revolución libertadora bajo las banderas de Perón de “intransigencia absoluta” y “resistencia civil” para recuperar sus sindicatos. Sin embargo, la autoridad de estos líderes estaba particularmente ligada al importante rol que las instituciones que ellos conducían tenían en las percepciones de los trabajadores peronistas. En la medida en que fueron capaces de presentar sus iniciativas como inspiradas por, o destinadas a, promover una adecuada defensa de las instituciones sociales de la clase trabajadora peronista en el escenario político, estos dirigentes adquirieron la habilidad de promover lecturas en torno a la atribución política de la palabra del jefe del movimiento, que podían ser y con frecuencia fueron aún más versosímiles que aquellas estimuladas por el propio Perón.

Nada sorprendentemente, las dificultades de Perón para dar real performatividad a su palabra comenzaron a partir del gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962). La brecha que comenzó a separar a Perón y a los dirigentes sindicales peronistas estaba enraizada en las consecuencias políticas que las medidas laborales del presidente Frondizi tuvieron para las organizaciones gremiales peronistas. La decisión de Frondizi de incorporar a los sindicatos peronistas al orden post-peronista concediéndoles una poderosa capacidad de presión en la esfera laboral aunque subordinándolos al control gubernamental obligó a los líderes gremiales a llevar adelante sus iniciativas políticas con cautela y mesura.

Los dirigentes sindicales peronistas eran bien conscientes de que sus esfuerzos en mantener a sus instituciones en ese nuevo contexto generarían una creciente distancia entre sus iniciativas políticas y las de Perón; puesto que la reconsideración de Frondizi del rol de la

clase trabajadora ciertamente no incluía una aceptación de su identidad política y, por ende, del liderazgo del caudillo exiliado sobre ella. Sin embargo, y sin importar cuán realista era su percepción de la nueva situación creada por el reconocimiento que Frondizi hacía de sus instituciones, los líderes gremiales peronistas sabían que cualquier orientación que buscara que el movimiento peronista fuera tolerado en un orden no-peronista requería seguir una muy cuidadosa estrategia política: como lo ilustraría el así llamado “caso Cardozo” en 1960, si seguir las directivas del conductor de confrontar con el gobierno de Frondizi podía provocar la destrucción de las instituciones que alimentaban su poder, un abierto rechazo de las iniciativas de Perón podía implicar la completa erosión de su capacidad de liderazgo sobre los trabajadores.

En consecuencia, Augusto Vandor, el principal representante de estos dirigentes sindicales, aspiraría a promover la defensa de los intereses sociales y políticos de la clase obrera a través de la construcción de lo que se daría en llamar un “peronismo sin Perón”. Presente en la importante reunión que tuvo lugar en mayo de 1960, donde Eleuterio Cardozo advocara por una “flexibilidad vital” para que los gremios peronistas pudieran lidiar con los problemas planteados por las medidas de Frondizi, Vandor (como la mayoría de los líderes gremiales peronistas) no enfrentó la posición de Cardozo. Todos entendieron lo que el silencio de Vandor significaba. Como Cardozo, Vandor consideraba que siguiendo el liderazgo político de Perón sin discusión, los sindicatos peronistas se exponían a la pérdida de un soporte institucional indispensable para proteger las demandas de los trabajadores. Sin embargo, a diferencia de Cardozo, Vandor sabía muy bien que la autoridad de Perón no debía ser abiertamente cuestionada. De acuerdo con palabras a él atribuidas: "Si abandonara la camiseta peronista perdería el sindicato en una semana"⁸. Por supuesto, Vandor siempre negó haber dicho tales palabras. Sin embargo, su reconocimiento de que la lealtad a Perón era desde 1958, al mismo tiempo, un obstáculo para custodiar el bienestar de los trabajadores peronistas y un rasgo central de su identidad política sería claramente ilustrada en su proyecto político. Pues el así llamado “Peronismo sin Perón” no era un intento de eliminar completamente al viejo líder. El núcleo del desafío conducido por Vandor no era desplazar al caudillo exiliado de lo más alto del movimiento peronista sino más bien transformarlo en una figura simbólica sin autoridad efectiva para tomar decisiones políticas.

Bajo la particular circunstancia discursiva en la que se encontraba el peronismo en aquellos años, en la que responder a la pregunta de “qué dice” se volvió más importante que

⁸Para la referencia de Vandor a la “camiseta peronista”, véase R. Walsh (Walsh 1969: 44).

contestar el interrogante de “quién habla” (y hasta donde –como hemos ilustrado a propósito del modo como la palabra de Perón fue recibida en recepción en febrero de 1958- la segunda respuesta muchas veces dependía de la primera), uno de los terrenos en los que se libró la disputa entre Vandor y Perón por el ejercicio de la autoridad efectiva dentro del peronismo, fue el de la atribución política de la palabra del segundo. Así, Vandor condujo a los gremios peronistas hacia una dirección contraria a la voluntad política de Perón, mientras al mismo tiempo proclamaba su lealtad al líder, sacando provecho de la censura impuesta a la palabra del viejo caudillo. No sorprende entonces que Perón buscara desmantelar el proyecto de Vandor empleando una muy particular herramienta discursiva: su delegado personal. Designado por el propio Perón, el representante personal era, en principio, la persona más autorizada para hablar en representación del caudillo. Además, la atribución material de esta clase de instrumento discursivo no podía ser objetada: puesto que el nombramiento claro y público por parte de Perón de su representante personal estaba inextricablemente ligado a la misión de sus emisarios de mostrar que, en última instancia, era el conductor mismo quien estaba hablando a través de ellos.

La posibilidad de hablar en nombre del líder exiliado exhibiendo una clara atribución material ciertamente alimentaba la performatividad discursiva de los enviados de Perón. Desde que el viejo caudillo era considerado el jefe incontestable del movimiento, la fortaleza política de los líderes peronistas dependía crucialmente de su capacidad de demostrar que sus iniciativas gozaban de la aquiescencia del conductor. Desde que el apoyo del líder exiliado solía ser mostrado exhibiendo de alguna manera una huella de la materialidad de Perón como enunciador, la clara autenticidad que se encontraba adscripta al discurso de los delegados personales (autenticidad que, según hemos observado, era inherente al cumplimiento de su rol como emisarios de Perón), poseía *in nuce* una fuerte performatividad.

Sin embargo, los delegados personales de Perón resultarían muchas veces una herramienta inadecuada para el líder exiliado. Y, nuevamente, las falencias de este instrumento discursivo estaban críticamente enraizadas en el estilo de liderazgo político del propio Perón. Por un lado, el líder no hubo nunca de renunciar a promover múltiples significados en torno a su discurso⁹.

⁹En octubre de 1966, un periodista sintetizaba de este modo las dificultades interpretativas que el estilo discursivo del viejo líder provocaba: “Los seguidores del ex-Presidente Juan Perón han elaborado una serie de métodos, más o menos novedosos, para tratar de entender lo que es realmente indicado en las cartas o instrucciones enviadas desde Madrid. Ellos están ya bastante acostumbrados a que un ‘no’ puede significar un ‘sí’, o vice versa; que un elogio puede funcionar como una crítica devastadora; que un párrafo usualmente desmiente el anterior o los siguientes. Ellos también saben perfectamente que una de las tácticas favoritas de

Por otro lado, el conductor solía nombrar como representante personal a gente cuya casi única base de prestigio político era, precisamente, la designación de Perón. Al tiempo que enfrentaba el desafío de Vandor, el líder exiliado no tenía ninguna intención de promover la emergencia de nuevos líderes a través del nombramiento de sus delegados. De este modo, Perón acostumbró designar como voceros a gente sin bases independientes de poder político dentro del movimiento peronista. Esto explica la predilección del líder de elegir a sus representantes no sólo entre miembros de la así llamada “rama política” del movimiento (la cual no poseía la fuerza política y, sobre todo, la autonomía financiera de la “rama sindical”), sino también su inclinación a escoger individuos que poseían muy limitados recursos políticos aún en aquella rama¹⁰. En consecuencia, y especialmente comparado con el de los líderes sindicales, el discurso de los delegados de Perón con frecuencia no poseía verosimilitud política. Después de tantos años de promover una multiplicidad de significados en torno a su discurso, para transmitir verosímilmente la palabra del líder exiliado no era por cierto suficiente exhibir su delegación y, por esta vía, una inobjetable autenticidad. Al contrario, la decodificación de la verdadera palabra de Perón era una cuestión de lectura enteramente desprendida de la atribución material de los enunciados del líder¹¹.

Desde que la ausencia enunciativa de Perón había alimentado la recuperación de su figura a través de un imaginario político, más que sobre el examen de su atribución material, la performatividad del discurso del representante personal dependía del chequeo de su atribución política. En medio de tantas lecturas en torno a la palabra del caudillo exiliado, la verosimilitud política de cualquier discurso a él atribuido reposaba decisivamente en la capacidad de todo enunciador de mostrar una sólida trayectoria de compromiso político e ideológico con el peronismo y, en particular, con la defensa política de las instituciones sociales de la clase obrera. Como fuera ilustrado por el fracaso de muchas delegaciones, aún cuando eran las personas más autorizadas para hablar en representación de Perón, la

Perón es enviar distintas cartas, con mensajes diversos, para afirmar después que él tenía razón en cualquier caso.” Este texto apareció en la revista “Confirmado” en octubre de 1966 y está citado en S. Sigal and E. Verón (Sigal and Verón 1985: 109).

¹⁰Sólo uno de once delegados o voceros personales que el viejo caudillo nominó durante su exilio fue un dirigente gremial: Alberto Campos. El resto de ellos estaba ligado o había emergido de la “rama política” del movimiento (como John Cooke, Alberto Iturbe, Raúl Matera, Héctor Villalón, Bernardo Alberte, Jerónimo Remorino, Jorge Paladino y Héctor Cámpora), o tenía una relación personal con el líder exiliado no vinculada estrictamente con la política (Jorge Antonio e Isabel Perón).

¹¹Como John William Cooke indicara al propio Perón a comienzos de 1966: “[...] Las cartas y mensajes [enviados por usted], aparte de tener restringida circulación sirven de instrumento para que cada uno los maneje en provecho propio; y, a esta altura, ya no tienen el efecto de antes, desde que enseguida surge la duda de si se trata de un pensamiento suyo de fondo o de un giro táctico[...]”.Cooke a Perón, Buenos Aires 27 de enero de 1966 en J. Perón – J. Cooke (Perón 1973, II: 336).

eficacia de los representantes del viejo líder estaba lejos de estar reducida a la designación del conductor. Desde que el mismo estilo de liderazgo del jefe exiliado promovía una multiplicidad de contenidos y aún una variedad de significados en torno a un solo contenido de enunciación particular, la capacidad de cualquier persona de hablar exitosamente en su representación dependía de la compatibilidad que sus antecedentes y trayectoria tuvieran con los contenidos políticos asociados a la figura de Perón en el imaginario peronista. Y en los años que nos ocupan sólo unos pocos líderes dentro del peronismo poseían las credenciales que Vandor tenía para promover una lectura autorizada del discurso de Perón que fuera compatible con aquellos contenidos.

Vandor no era meramente el líder de la podersoa UOM sino también el hombre fuerte dentro de las “62 Organizaciones” peronistas. Ciertamente, las credenciales de Vandor dentro del movimiento peronista eran impecables. Como secretario general de la seccional capital de la UOM en la ciudad de Buenos Aires en septiembre de 1955, “El Lobo” fue uno de los jóvenes dirigentes sindicales peronistas que más combatividad opuso al gobierno militar. Sus actividades en la “resistencia peronista” le ayudaron a ganar una sólida reputación entre sus “compañeros” y hasta fueron lo suficientemente destacadas como para serle mencionadas a Perón por Cooke en 1957. Él fue uno de los más importantes responsables no sólo de la re-emergencia de los sindicatos peronistas en 1957 sino también del rápido control que estos gremios readquirieron sobre la CGT en 1959. En consecuencia, la autoridad de Vandor sobre la mayoría de los dirigentes sindicales peronistas y sobre el pueblo peronista no era un hecho accidental. Ciertamente, la figura de “El Lobo” terminaría siendo identificada con “corrupción”; y hacia finales de la década del 60, la “corrupción” de Vandor y de los líderes gremiales peronistas jugaría un rol político significativo en el deterioro de la fuerza “vandorista”. Sin embargo, durante la mayor parte de los años 60, la autoridad de Vandor era el resultado de su habilidad para defender los intereses sociales y políticos de los trabajadores peronistas. Él dirigente metalúrgico fue uno de los líderes peronistas que habían mostrado a la “Revolución Libertadora” y al gobierno de Frondizi que el peronismo no estaba muerto y que los intereses que este movimiento representaba debían ser tenidos en cuenta y al menos parcialmente satisfechos. De hecho, ninguno de los más prominentes líderes gremiales peronistas podía exhibir los antecedentes de Vandor. Por ejemplo, Andrés Framini (uno de los principales rivales de Vandor) había mostrado una conducta sumamente ambigua durante los días finales del régimen de Perón y los primeros meses de la “Revolución Libertadora” y, ciertamente, su autoridad sobre las “62 Organizaciones” así como sus cualidades como dirigente de los trabajadores peronistas no podían compararse con las de Vandor.

En consecuencia, la autoridad de Vandor (como la de muchos otros líderes sindicales peronistas) no fue sólo la resultante de su habilidad para defender los intereses sociales y políticos de la clase obrera peronista: ella también fue una consecuencia de la identificación de su trayectoria personal como dirigente con aquella seguida por los trabajadores e instituciones peronistas desde septiembre de 1955. En otras palabras, la autoridad de Vandor se apoyaba en su condición de “buen peronista”. Aunque después de la muerte de Vandor, Perón mismo representaría esta circunstancia en estos términos:

“[...] el Movimiento Peronista tiene una Rama Sindical en la que se alinean casi todos los sindicatos argentinos y es preocupación especial de la conducción la de mantener esta situación a costa de cualquier cosa. [...]. Así que, si la Unión Obrera Metalúrgica, como organización peronista, nombra su Secretario General no tenemos otra cosa que aceptarlo, máxime en el caso de Vandor que ha sido siempre peronista. Lo contrario implicaría la expulsión del gremio [la UOM] del Movimiento Peronista lo que resultaría inconcebible porque los metalúrgicos son todos peronistas. Como Usted puede ver, el problema [...] no es tan sencillo como parece.¹²”

Y, en verdad, no era sencillo. Puesto que Vandor no sólo decía ser leal a Perón, también lo parecía. Más todavía: el mismo estilo de conducción política del jefe del movimiento parecía tender a reforzar la autoridad política de “El Lobo”: con una palabra siempre imposible de ser reducida a un único sentido político y transmitida a través de emisarios sin una sólida trayectoria dentro del peronismo, Perón contribuía a alimentar la capacidad del líder metalúrgico de decidir cuál de las distintas voces que hablaban en nombre del conductor, era la políticamente verdadera.

Conclusiones

En suma, durante los primeros años de su exilio, bajo condiciones de circulación restringida, la estrategia enunciativa de Perón alimentó lecturas de su palabra en las que su figura material era separada de toda atribución política precisa. Esta separación, que era perfectamente compatible con el estilo de liderazgo de Perón, habría de ser deliberadamente estimulada por el viejo caudillo. Sin embargo, contribuiría a dañar la performatividad política del discurso del conductor. Como hemos señalado, un componente esencial de la performatividad discursiva de Perón estaba asociada a la posibilidad de mostrar la palabra auténtica del jefe del movimiento exhibiendo una huella de su materialidad como productor discursivo. De tal forma, durante los momentos iniciales de su exilio –a lo largo de 1956 y, en parte, durante 1957- la fuerza política de la

¹²Perón a Antonio Caparrós, Madrid julio de 1969 en J. D. Perón (Perón 1983, I: 175-76).

palabra de Perón descansó en la posibilidad de demostrar que cualquier expresión política a él acreditada era, *auténticamente, suya*. Entre 1957 y 1958, condicionado por un escenario político de alta incertidumbre para el peronismo, el viejo jefe no siempre estuvo interesado en poseer una palabra auténtica; además, en este último año, el líder se vio obligado a pronunciar una clara directiva al movimiento peronista: la de apoyar la candidatura de un notorio adversario del peronismo, Arturo Frondizi. Perón ordenó votar por el candidato de la UCRI sin renunciar a su proverbial ambigüedad discursiva. Sin embargo, su decisión de dar apoyo a un reconocido dirigente anti-peronista sumada a la presentación que el líder haría de tal apoyo (como una maniobra “táctica” no incompatible con la línea “estratégica” insurreccional), tendría una importante consecuencia: la de debilitar fuertemente la posibilidad de apoyar la performatividad del discurso de Perón en su componente material.

A partir de ese momento, la palabra de Perón pudo ser verosímil o no en términos políticos; sin embargo, en tanto y en cuanto la verosimilitud del discurso del líder exiliado no podía estar sólidamente sustentado en la materialidad del viejo caudillo como productor discursivo, la autenticidad de la palabra de Perón comenzará a jugar un papel secundario en la conformación de su performatividad. La importancia del testeado de la atribución material del discurso de Perón sería reemplazada por el examen de la atribución política de la palabra del líder; y esta verosimilitud sería examinada a partir un patrón de lectura enraizado precisamente en el fuerte lazo de identificación con Perón experimentado por sus seguidores. Representado como un trabajador (el primero de ellos) especialmente interesado en la supervivencia y fortaleza de los sindicatos peronistas, ser leal a Perón era apoyar la defensa y la lucha política de las instituciones sociales de la clase trabajadora. Pero aquella defensa y esta lucha eran enteramente compatibles con los trabajos de una dirigencia sindical que, a partir de la presidencia de Frondizi, juzgó que acompañar las directivas del jefe del movimiento iba en contra de una adecuada protección de su clase. Paradójicamente, entonces, sería el potente sentimiento de lealtad a Perón experimentado por sus seguidores el hecho que permitiría a aquellos que aspiraban a reemplazar al viejo caudillo bloquear sus iniciativas políticas y aún desafiar su autoridad sobre el movimiento peronista. Más paradójicamente todavía, el propio Perón, al emplear un estilo de liderazgo que alimentaba su ausencia como enunciador, contribuiría decisivamente a legitimar lecturas de sus enunciados despojadas de toda literalidad. Y, en la medida en que Perón no podría ya apoyar sólidamente su discurso en su materialidad como productor discursivo, su palabra verdadera dejó de ser su palabra auténtica. Ciertamente, el viejo líder continuaría siendo infalible. Sin embargo, Perón hubo de pagar un precio por ello. Puesto que, desde 1958 y hasta al menos 1966, sus seguidores no sólo interpretarán libremente el sentido político de lo que podía mentarse como la lealtad hacia él sino también darían a esta lealtad

una significación que no solamente colisionó con aquella que el conductor buscaba difundir sino que también dio impulso político a líderes que aspiraron a reemplazarlo.

Bibliografía

James, D. (1990) *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

Perón, [J.D.] – Cooke [J.W.] (1973, I) *Correspondencia*. Buenos Aires : Gránica.

Perón, [J.D.] – Cooke [J.W.] (1973, II) *Correspondencia*. Buenos Aires : Gránica.

Perón, J. D. (1983, I) *Correspondencia I*. Buenos Aires : Corregidor.

Sigal, S. and Verón, E. (1985) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.

Walsh, R. (1969) *Quién mató a Rosendo?* Buenos Aires : Tiempo Contemporáneo.